

“¿Viste cómo me mira?”

El trabajo que presentaré a continuación tiene por objetivo articular un caso clínico de un sujeto psicótico con los desarrollos realizados por Freud en el texto “*Lo ominoso*” de 1919 y retomado luego por Lacan, a la altura del Seminario X, respecto al fenómeno del doble.

“Un Dios que todo lo ve”

Camila tiene 18 años, llega a la consulta con una preocupación que la acucia desde que comenzó la facultad hace algunos meses atrás. Dice: “*estoy en la clase, siento que mis compañeros me miran de un modo extraño, no sé que piensan, eso me angustia, cuando no doy más, me levanto y me voy*”. Vuelve al día siguiente a cursar y el circuito se reinicia, así es todos los días. Lloro ininterrumpidamente, no quiere dejar la carrera porque “*le apasiona*”, según refiere, pero la repetición de esta experiencia enigmática que con certeza la concierne constituye una encrucijada que se va desasnando como un relato a lo largo de las entrevistas.

Su relato está cargado de minuciosos detalles sobre su infancia, repetición de diálogos textuales, incluso de cuando era muy pequeña, despliega un saber de dichos incuestionables respecto a lo que sus padres esperaban de ella, sin preguntas, sin relieve, cúmulo de hechos del pasado que no remiten a Otra escena, que no entran una novela. Criada en el seno de una familia conservadora y católica ortodoxa recuerda que de niña “*mis padres me decían que si me portaba mal, ellos podrían no enterarse, pero Dios sí porque Dios todo lo ve, está en todas partes. Eso me quedó marcado muy en serio, me daba vergüenza pensar si podía verme debajo de mi ropa*”.

Recuerda que de niña le había pedido a su padre que sacara las muñecas de la repisa y pusiera hacia abajo los portarretratos en cuyas fotos habían personas porque se sentía observada por éstas. Podríamos decir que, hasta el advenimiento de la pubertad, el goce del Otro quedaba localizado en algún objeto del mundo, intercambiables, imaginarios, ante lo cual la barricada de la evitación funcionaba como un recurso para mantener a raya lo real y constituir un imaginario- simbólico lábilmente organizado.

Este parapeto que hasta entonces mantenía estabilizada la estructura, estalla en el momento donde podríamos situar el desencadenamiento de la psicosis. Retomemos la tesis

que Lacan sostiene a la altura del Seminario 3, la cual parte de ubicar al sujeto psicótico en relación al lenguaje y al desencadenamiento produciéndose cuando el sujeto recibe, desde el campo del Otro, un llamado a responder desde un significante que no posee correlativa de la sensación del sujeto de haber llegado al borde del agujero.

Lacan lo dice así:

“Se trata de concebir, no de imaginar, qué sucede para un sujeto cuando la pregunta viene de allí donde no hay significante, cuando el agujero, la falta, se hace sentir en cuanto tal”¹

“Se movía sin que yo me moviera”

Es a los 13 años de Camila, con los cambios corporales de la pubertad y en una escena reconstruida de su viaje de egresados en la cual ella estaba en una habitación y se mira, desnuda, en el espejo del baño. Dice: *“Por primera vez sentí que ese cuerpo no era mío, me quede mucho tiempo frente al espejo y vi que la imagen se movía sin que yo me moviera”*. Visión que se apodera de la imagen especular y la transforma en la imagen del doble. En ese momento resolvió provisoriamente cubrir ese espejo y todos los de la habitación en el intento de deponer esa imagen que cobra autonomía, que empieza a mirar. Pero el desconocimiento y la ajeneidad respecto a lo más propio, lo que con Freud podríamos llamar *“Lo ominoso”*, en tanto la caída del reconocimiento de la imagen especular; no claudicaba con ese arreglo.

Pasa el resto del viaje de egresados prácticamente sin salir, entre algunos de los pensamientos que recordaba que tuvo durante esos días, destaco aquella duda que se le había impuesto con firmeza respecto al orificio vaginal en la mujer. La paciente dice *“no entiendo cómo puede haber un agujero ahí, me lo miro con el espejo, y tiene como capas, me incomoda tener eso”*. Situamos ahí la desintegración de la imagen unificada que hasta ese momento el espejo proporcionaba y que ahora, con los cambios de la pubertad, da lugar a la emergencia de la sensación de extrañeza que desequilibra la creencia de un cuerpo propio.

Las elaboraciones de Lacan del Seminario X nos permiten releer lo siniestro, *“Unheimliche”* en Freud en un registro que no queda reducido a la especularidad imaginaria gracias a la introducción lacaniana de lo real.

¹ Lacan: Seminario 3: Las Psicosis, Pág. 289.

Lacan ubica la relación de la angustia con lo ominoso y sostiene que *“hay angustia, cuando surge en este marco lo que ya estaba ahí, mucho más cerca, en la casa, heim (el lugar del heim es lo familiar, la casa del hombre)”* ². La angustia se produce ante lo que pueda surgir en el lugar de menos phi, lugar que designa la falta en la imagen y se caracteriza por una ausencia. Esta ausencia, nos dice Lacan, *“es también la posibilidad de una aparición regida por una presencia que está en otra parte. Tal presencia la gobierna de cerca, pero lo hace desde donde es inaprensible para el sujeto. Como les indiqué, la presencia en cuestión es la del a”* ³. Es decir que el objeto a como estando en otra parte supone una presencia invisible gracias a la cual el sujeto organiza el mundo de lo que se puede ver, gobierna de cerca, de tan cerca que resulta inaprensible para él.

Lo *Unheimliche* esta hecho de esa extrañeza que se produce cuando el objeto a, presencia que constituye este lugar de ausencia que soporta el menos phi se apodera de la imagen y aparece así el fenómeno del doble. Esta dimensión del doble no concierne a la imagen especular, sino a la dimensión de objeto que soy para el deseo del Otro, la aparición del objeto a en el lugar de la falta revela lo que el sujeto es en tanto objeto causa del deseo del Otro.

Cito a Lacan:

“El hombre encuentra su casa en un punto situado en el Otro, más allá de la imagen de la que estamos hechos. (...) En este punto Heim (...) diré que mi deseo entra en el Otro donde es esperado desde toda la eternidad, bajo la forma del objeto que soy, en tanto que me exilia de mi subjetividad, al resolver, por él mismo, todos los significantes a los que esa subjetividad está ligada”. ⁴

Es decir que en tanto objeto quedo a merced del Otro, exiliado de mi subjetividad. Quedo excluido como sujeto al revelarse la posición de puro objeto que somos ante el deseo del Otro, de objeto causa, lugar en el cual el sujeto adviene al campo del Otro y es constitutivo en la formación del yo. Ese es el doble real, lo más íntimo y a la vez más desconocido, que cuando aparece toma la forma de *Unheimliche*.

2 Lacan: Seminario 10: La Angustia, Pág. 86

3 *Ibid.*, pág. 55

4 *Ibid.*, pág. 57

“¿ Viste cómo me mira?”

Durante el transcurso del tratamiento comienza a realizar dibujos en su casa o en la facultad, estudiaba en ese momento una carrera vinculada al diseño. Lleva los dibujos a sesión, la mayoría de ellos son rostros de personas, a veces completos, otros solo los ojos. A diferencia de las fotografías donde había personas cuyas miradas tenían una connotación, hasta ese momento, inexorablemente invasiva para Camila, sus dibujos le permitían inventar otras miradas posibles. Realizaba rostros de personas contentas, tristes, enojadas, aburridas, abrumadas. Estas diferentes miradas que se fueron entramando, le permitieron a Camila captar los gestos de un compañero de la facultad y leer sus actitudes “caballerosas” como signos de amabilidad hacia ella, pudiendo acercarse de un modo más distendido. Comenzaron siendo amigos, y al tiempo iniciaron una relación amorosa. En esta época su aspecto físico mejora significativamente, empieza a arreglarse más, baja de peso y se la nota visiblemente de mejor semblante.

Un día vino a sesión y cuando se estaba por ir me pregunta si puede mostrarme una foto de su novio, le digo que sí y me muestra una fotografía donde están ambos, ella mirando hacia el cámara y él a ella y dice “¿Viste cómo me mira?”.

Me parece importante subrayar esta pregunta en dos sentidos. Por un lado, en tanto está dirigida a un tercero involucra una mediatización, una distancia respecto a esa imagen; por otro lado, la palabra “viste”, supone la mirada, pero también una investidura que arma un cuerpo libidinal a la vez que viste con un velo que disfraza lo real.

Gisela P. Sayago

Octubre 2017